

el placer destruye algunas veces el encanto que circunda al objeto amado, solo es despues de habernos embriagado con la ambrosia de los Dioses. El tiempo, tal vez el dulce y largo hábito de la felicidad, debilitan el amor; mas si nos privamos de sus favores, ¿que queda? el pesar de haber perdido hermosos días. — Estais bien lejos de la delicadeza del jóven Trasonides: estaba, segun la espresion de un sofista, tan enamorado de su amor, que rehusó el poseer á su querida, de miedo que la posesion no entibiase sus deseos, y no turbase el encanto de su pasion. Dionisio de Siracusa presentó un dia al voluptuoso Aristipo tres bellas cortesanas, permitiendole que escogiese una, y Aristipo aceptó las tres, diciendo que no le habia salido bien á Paris el haber escogido. Mas luego reflexionó que era hermoso vencerse, y al punto despidió las tres ninfas, y volvió á su casa, encantado de su razon y de su triunfo. — Vuestra comparacion no tiene ninguna semejanza con mi situacion; Aristipo no amaba, y en cuanto á ese Trasonides tan delicado y tan gran metafísico, no se deben alabar las virtudes cuya fuente no se conoce.»

En aquel momento entró Aristipo, y dijo á Lastenia: « A buscaros vengo para llevaros al Areopago, porque van á juzgar á la desventurada Eudoxia. » — Me habeis estreme-

cido, repuso Lastenia: ¿cuanto la compadezco! pero conozco que su culpa es grave. ¡Envenenar á su amante! ¡que atrocidad! — Las apariencias deponen contra ella, Lastenia; pero Eudoxia está inocente. El público que siempre es ligero, y que siempre está pronto á condenar, pide á voces su suplicio. Es una barbarie. Escuchad algo de su catástrofe que acaban de contarme.

CAPITULO VIII.

Historia de Ificrates y de Eudoxia.

IIFICRATES, que vivia ciegamente enamorado de Eudoxia, tuvo el arte de inspirarla una pasion tan viva como la suya. Eudoxia era hermosa, jóven y tierna, y de corazon ingenio y amenísimo; pero tan limitada de imaginacion que no sabia mas que amar, no conocia el arte de variar las escenas del amor, de hermosearlas, y de encadenar el corazon con los encantos del ingenio. Los entreactos del amor son largos. Ificrates al contrario tenia una actividad inquieta: ávido de deleites y de instruccion, acariciaba á todos los gustos y á todas las artes; pasaba del estudio á los placeres, y de los placeres á los negocios. No conocia mas que dos modos de emplear el

tiempo: gozar, ó trabajar. Decia que la agitación era la vida del alma. Seducido al principio por la belleza de Eudoxia y por la dulzura de su carácter, la pasó la falta de ingenio, ó mas bien la venda del amor le ocultó esta imperfección. Pero despues de la embriaguez de una pasión feliz, comenzáron á fatigarle las conversaciones á solas. Quiso inspirar á su amante el gusto de la instrucción: la leía, la esplicaba los mejores autores, desenvolviendola sus bellezas; pero fatigaba un terreno árido é ingrato. Eudoxia escuchaba por complacencia: frecuentes distracciones y largos bostezos anunciaban su fastidio y su inaptitud. Ificrates, viendo la inutilidad de sus lecturas, las abandonó. Mas sus visitas fuéron mas raras y mas cortas, hallaba siempre pretextos para aligerarlas. El ojo de una amante penetra luego la mas ligera frialdad. Se quejó Eudoxia, se exhaló en reproches, unas veces con el tono de la sensibilidad, otras con acrimonia; pero las quejas, el mal humor, los ruegos mismos pueden producir el disimulo, mas no vuelven el amor. La sensible Eudoxia, desesperada por la ineficacia de sus esfuerzos, quiso ensayar medios mas seguros: la ignorancia es crédula y supersticiosa. Habia oido hablar de una muger que componia filtros para inspirar el amor. Avistóse con ella, y esta desgraciada la prometió el brebaje

y un efecto cierto. Contóla que un jóven, á quien habia hecho comer una fruta preparada, sentia todos los dias á la misma época, por espacio de una hora, un violento acceso de amor. He aquí la confección de estos filtros.

Se invoca primeramente á las divinidades infernales, se ponen despues pescados en un vaso, con yerbas, huesos de ranas, hipomanes, y sangre de una muger.

Eudoxia guardaba esta poción detestable, esperando á que Ificrates, que padecia de mal de estómago, se quejase de esta incomodidad. Propusole entónces un específico seguro contra esta, y se le presentó. Ificrates repelió muchas veces la mano de su amiga; negaba la virtud del remedio, pero en fin vencido por las instancias de Eudoxia consintió en beber. Sin duda que la infame megera habia mezclado en él yerbas venenosas, cuya propiedad ignoraba, pues al punto sintió Ificrates la primera operacion del veneno: sobreviniéronle convulsiones, dolores agudos en las entrañas, y ardores insufribles. — «¡Ay! exclamó, ¿Eudoxia, que has hecho? ¡yo me muero! ¡me has envenenado!» Asustóse Eudoxia, y perdió el color, mas no la esperanza de que aquello fuese solamente un efecto pasajero del filtro. Pero el mal se aumentaba, fermentaba el veneno, y el desgraciado Ificrates se abrasaba. «¡Me muero!

gritó. ¡Que tormento tan horrible! ¡tú me has dado la muerte! ¡sí, tú!» — Eudoxia, á la vista de su amante cubierto con las sombras de la muerte, se estremeció, se desesperó, fué, vino, llamó, imploró socorros. Corrieron á buscar al médico: llegó este, y declaró que Ificrates moriria del veneno. En efecto, se le trastornó todo el rostro, se le torció la boca, se le hundieron los ojos, y se le puso lívido el color. «¡Acabadme por compasion! gritaba el infeliz. En nombre de los Dioses, os pido que abrevieis mi suplicio, porque sufro en mis entrañas el tormento de Prometeo. ¿Que te hice, Eudoxia? ¿que te hice para que me dieras un veneno tan cruel?» A estas razones, la desesperada y aturdida Eudoxia se arrojó sobre él, le estrechó en sus brazos, y se quedó pasmada é inmóvil. Recobró luego sus espíritus, y exclamó así: «¡Ificrates mio, querido Ificrates, yo soy tu asesino y tu verdugo!..... ¡yo, que te idolatro!..... ¡dejame inspirar tu veneno, y morir contigo!..... ¡Aquella muger bárbara me engañó! yo creí que te daba un filtro para que me amaras. ¡Mirame, por los Dioses! ¡perdoname el delito!.....» Suspiros y sollozos la interceptaron las voces. Ificrates, que vió su inocencia y su dolor, levantó ácia ella sus caidos ojos, la alargó una mano, y la dijo con moribunda voz: «Amada Eudoxia, yo

te perdono: sí, te perdono: sé feliz....» Dicho esto, espiró. Su amante desatentada, horrorizada, livida y convulsa, quiso matarse á puñaladas, pero cayó en tierra exánime. Levantáronla, lleváronla á su cama, y en ella estuvo tres días en un delirio continuado, sin caersela de la boca las palabras veneno, muerte, é Ificrates. Así que recobró sus sentidos, inundó su cama de lágrimas, invocando la muerte, y pidiendola como una gracia.

No tardó en esparcirse por Atenas la noticia de aquel envenenamiento. Tuviéron á Eudoxia por un monstruo, por una Euménide, cuando Eudoxia no es mas que una amante ternísima. Un areopagita es quien me ha contado este suceso terrible. — Ya sabeis que el segundo arconte la denunció, y que segun la ley ha ya ocho dias que estan espuestos al público su nombre y su delito. Todo Atenas acudé al Areopago; y aunque muchos miembros de aquel tribunal se hallan noticiosos de la equivocacion y de la inocencia de Eudoxia, Ificrates ha muerto, el delito existe, y nuestros magistrados tienen precision de pronunciar una sentencia. Vamos, porque la causa es interesantísima. — Inmediatamente encendiéron hachas los esclavos, porque solo de noche se congregaba el Areopago. Dimonos priesa á subir la colina (9). Ya estaban los trecientos jueces ocu-

pando sus asientos. Corria á sus piés la sangre de las víctimas que acababan de inmolar, cuyos miembros sangrientos todavía palpitan. Sobre una mesa se veian las dos terribles urnas, llamada la una *de la misericordia*, y la otra *de la muerte*: esta segunda era de bronce, y la otra de madera.

Oímos súbitamente un ruido confuso. Todos se levantaron, y miraron ácia donde se notaba el movimiento. Vióse llegar á la desventurada Eudoxia rodeada de la guarda escita. Su palidez, su penoso andar, su melancolía profunda, el desorden de sus cabellos, el de sus vestidos, y particularmente su hermosura, enternecieron los corazones de todos. Yo oia sollozos, y veia correr lágrimas. Luego que estuvo junto á las víctimas, el arconte-rey (a) formó su acusacion, y la denunció como envenenadora. Entónces uno de los areopagitas la mandó que prestase el juramento ordinario. Acercóse Eudoxia con paso lento y firme, colocóse entre las víctimas sangrientas, paseó sus tristes ojos por toda la concurrencia, y luego exclamó en voz alta: «Atenienses, juro por los Dioses y por las Euménides que tienen aquí cerca su templo, que yo soy quien envenené á Ificrates mi amado, y que por ello merezco la

(a) Asi nombraban al segundo arconte.

muerte.» Calló dicho esto, y cayó desmayada.

Los areopagitas sin mas informacion se levantaron sucesivamente, tomaron dos piedrecitas, una blanca y otra negra, con el dedo pulgar, el index y el del medio, y fueron á echar la una de las dos en una de las dos urnas. Mientras esta ceremonia lúgubre, palpitan todos los corazones, y aguardaban con susto la fatal sentencia.

Vueltos otra vez los jueces á sus asientos, abrieron las urnas, y contaron las piedrecitas. Fué mayor el número de las blancas. Los magistrados entónces trazaron con la uña sobre una tablita cubierta de cera una línea corta, lo cual anunciaba la absolucion del acusado; asi como la línea larga denotaba la condenacion. Presentaron la tablita al público, y este dió ponderados aplausos á la prudencia y benignidad de aquel juicio. El tribunal sabio se sintió movido á compasion á la vista de una infeliz, enloquecida y culpada por un exceso de amor.

Asi que Eudoxia dió señales de vida, la noticiaron su perdon. «¡Ah, que perdon! exclamó: solo la muerte es un favor para mí.»

Tal fué la célebre sentencia del Areopago. Eudoxia no sobrevivió mucho tiempo á ella. Perdió el reposo, y huyó de sus ojos el dulce sueño: tanto de dia como de noche no veia mas que espectros, ó la irritada sombra de

su amante, que la acosaba reprochandola su muerte. Por último, murió pronunciando el nombre de Ificrates.

Aquella escena lastimosa dejó profundamente pesarosa el alma de Lastenia, quien me contó otra sentencia que honra mucho la sabiduría y luces del Areopago.

Telecidas, muger de la rica Siciona, casó segunda vez con Pisodoro. Tenia un hijo de su primer marido, llamado Licio, jóven de lucidas esperanzas. En el segundo matrimonio tuvo otro hijo, el cual, así que llegó á la edad de la adolescencia, dió entrada en su alma al odio y á los zelos. No podia tolerar á su hermano: bien es cierto que su mismo padre nutria é irritaba el aborrecimiento. Agitados ámbos de las furias, llevaron á Licio á un parage solitario, y allí le degollaron. Su madre le lloró mucho tiempo al lado de sus asesinos, confiandoles sus ansias y dolores. Pero, al fin, la justicia del cielo descubrió su maldad. Todo se supo; y al saberlo, Telecidas respiró tambien la venganza y el delito. Con un activo veneno mató á los dos culpados. Prendieronla, y llevaronla á muchos tribunales, en los que no se atrevieron á condenarla ni absolverla. Llevóse la causa al Areopago, donde, despues de largo y maduro examen, se decretó que las partes compareciesen dentro de cien años.

Yo no me atreví á volver á hablar á Lastenia sobre que me hiciese dichoso; pero un acacimiento determinó su indecision, y me hizo el hombre mas afortunado del mundo.

CAPITULO IX.

Lucha Antenor con un toro. Esperanza lisonjera.

Nos íbamos paseando por el campo, y subimos á una eminencia llamada la Colina de los caballos, adonde se dice que Edipo fué á llorar sus desgracias. Gritó Lastenia súbitamente: volví la cabeza, y ví que un toro furioso la embestia.— Huid, la dije, y al punto me lancé delante de la fiera: no tenia yo mas arma que un garrote largo, con que le sacudí: irritado el animal quiso destrozarme: evité su acometida, eché á huir, y dió tras mí. Unos pastores, armados con una especie de clavos, acudieron á defenderme. Agarré una, esperé á mi enemigo, y cuando quiso herirme con las astas, le sacudí con mi clava, y le derribé muerto en tierra. Gritaron los pastores aplaudiendo mi victoria, y me coronaron, como en los juegos olímpicos, con una corona de olivo. Inquietabame, sin embargo, el no ver á Lastenia. La busqué, y la

divisé por fin sobre la colina, desde la cual había visto mi batalla y mi triunfo. Corrí hasta llegar á sus piés, y en ellos deposité mi corona. Echóme entónces los brazos al cuello, diciendome : « Abrazo al nuevo Teseo, vencedor del toro de Maraton : á ese le debo la vida, y á ese le recompensó con este abrazo. » Aquel fué el primer abrazo del cariño : ; que dulce para mi corazón !

Alejámonos, y nos hallámos pronto en un recinto formado por rocas áridas, en las cuales se elevaban de trecho en trecho pinos y olivos. Nos sentámos al pié de una gran roca. El aspecto de esta soledad sombría y agreste, su silencio, solo interrumpido por el grito de algunas aves salvages, y la caída de una cascada que corria sobre nuestra cabeza y se precipitaba á nuestros piés, nos echáron en una dulce distraccion. No hablábamos : ; que delicioso instante ! el fuego del deleite circulaba por mis venas y abrasaba á mi alma. Cerré á Lastenia en mis brazos, la robé algunos besos, y respiré el perfume de su boca. Perdido de amor y de deseos, aspiré á la suprema felicidad. « Deteneos, mi caro Antenor, exclamó Lastenia ; diferid vuestra victoria, es ya segura : mañana pasaremos el dia en mi casita de campo ; que sea señalado este dia en vuestra vida como el mas bello y feliz. » Hablandome así, se escapó de mis brazos, y

no osé retenerla. La noche se acercaba, volvímos á la ciudad, y yo fuí á esperar en mi casa, en la agitacion y el tormento de la impaciencia, el despertar de la naturaleza.

¡ Cuanto tardó la noche en recoger sus velos ! creia al sol encadenado bajo del horizonte. En fin un rayo de luz se lanza en el espacio ; el astro parece y le inunda de luz. Prostername delante de él, exclamando en mi entusiasmo : Alma vivificante del universo, padre de la naturaleza, retarda hoy tu paso, como hiciste en otro tiempo para prolongar los placeres de Jupiter y Alcmena : yo no soy el Tonante, pero Lastenia vale por todas las divinidades del Olimpo.

CAPITULO X.

Papel enojoso de Lastenia. Conversacion de Antenor con el filósofo Xenocrates.

LLENO de regocijo, de resultas de mi victoria, iba al dia siguiente á visitar á Lastenia, cuando recibí de su parte un billete que decia : « Siento, querido Antenor mio, verme precisada á diferir nuestro paseo del campo, por una sagrada obligacion que me llama adonde parto luego : os noticiaré mi vuelta ; conservad vuestra salud, y sed feliz. »

Me aterró aquel billete. Créime burlado y vendido, y maldije al amor, á mi estrella y á Lastenia. Corrí á su casa desesperado, é hice mil preguntas sobre su partida. Nada pudieron decirme, y aquel misterio me llenó de terrores y de sospechas. Vagué por las calles y por las plazas; me fuí desde el Pnix al Ceramico, y desde el Ceramico á la calle de las Trebedes, caminando por acaso y sin objeto, absorbido en mis pensamientos, sin ver nada, hablando solo, y exclamando de tanto en tanto: ¡la ingrata! ¡la pérfida! ¡la falsa!.... Al pié de la escalera que va á la ciudadela, le di un codazo á un hombre que me detuvo, me nombró, y se me quedó mirando: ví que era el filósofo Xenocrates, á quien yo conocia. « Joven, me dijo, ¿que tienes? parece que vas fuera de tí: ¿estás enfermo? — ¡Ojalá que estuviese muerto! — Ya te entiendo: ¿tienes penas y pesares? — Soy el mas desventurado de los hombres, Xenocrates. — Puede ser que sí, Antenor; pero sigueme. » — Agarróme por la mano, y subimos á la ciudadela. « Mira, me dijo, enfrente de tí los propileos, ó los vestibulos de la ciudadela, que es un monumento magnífico, erigido por las órdenes de Pericles: estan cubiertos de mármoles blancos, y se entra á ellos por cinco puertas grandes. Mira allí á la izquierda el templo de la victoria. Henos aquí ya en la ciudadela. Examina todas esas esta-

tuas animadas por el cincel de Miron, de Fidias, y de los mas celebrados artífices. Allí estan Mercurio y las tres Gracias, que se atribuyen á Socrates. Saluda los retratos de Pericles, de Formion y de Timoteo. Pero mira aquellos dos altares: el uno es el del Pudor, que debiera ser servido por las Gracias, y el otro es el de la Amistad, asilo de las almas nobles y sensibles..... Pero no me oyes, estás sordo y ciego: ¡que flaqueza! pon los ojos sobre las casas de la ciudad. — Ya las veo, Xenocrates. — Representate ahora, Antenor, cuantos sinsabores, pesares y males habitáron en tiempos pasados bajo esos techos, y cuantos los habitan todavía, y cuantos los habitarán en la serie de los siglos. Cesa pues de affligirte, como si fueras el único individuo paciente, y como si debieras estar esento de los males que acompañan á la humanidad. Pero vamos á pasearnos al jardin de la Academia (10), ese es mi paseo favorecido: la sombra de los plátanos, la salubridad del aire y la frescura de las aguas templarán la efervescencia de tus espíritus. Conviene distraerte. Un ser dotado de razon no debe dejarse abatir por un reves que frecuentemente suele incluir el gérmen de su felicidad. » — Hallámos el jardin solitario. Sentemonos, dijo Xenocrates, sobre este banco, y hablemos. Un filósofo debe ser médico del alma: con que así abreme

la tuya, y verteré en ella las dulces lecciones de la filosofía. ¿Es causa de tus pesares la ambicion chasqueada, ó tu fortuna destruida? — No, Xenocrates: no estaria por eso tan pesaroso; mi dolor me angustia allá en lo mas hondo del corazon. — Me parece, Antenor, que lo adivino: es mal de amor. A tu edad se da mucha importancia á tales niñerías: la indiferencia de una muger, sus rigores, su infidelidad, y una mirada mas ó menos tierna perturban la cabeza de un jóven, y trastornan á sus ojos la gran naturaleza; y todo esto por un objeto adornado con los colores de nuestra imaginacion, que acaso será desdafiado de allí á poco. — Vos, Xenocrates, estais en vuestro otoño, y á tal edad se ríe de una pasion que es juntamente la delicia y el tormento de nuestra juventud. — He pasado, Antenor, como cualquiera otro, por la primavera de la vida, y he cometido sin duda muchas faltas; pero he podido señorear mis sentidos, y sobreponerme al imperio de la hermosura y del amor. Mas de una sacerdotisa de Diana es menos virgen que yo. Sabianlo en Atenas, y estaba yo en la estacion de los placeres, cuando la famosísima Lais, que oyó citar mi continencia y mi apatía, se atrevió á apostar que triunfaria de ellas, y que me seduciria. Envióme un atento recado para que fuera á verla. — Muchas veces, Xenocrates, he oido

nombrar á esa cortesana; pero la conozco porquisimo. — Pues primero, Antenor, voy á bosquejarte algunos de sus lineamentos.

Lais es natural de Sicilia. Un General ateniense la transportó á Grecia. Ella se estableció en Corinto, se votó al culto de Venus, y vendia sus favores al que mas daba. Hallabase dotada de rarísima belleza y de esquisito talento. Los pintores iban á verla para tomar modelos á presencia de la hermosa proporcion de su persona. Apeles fué quien logró sus primicias. Él la vió volviendo de la fuente, y quedó pasmado de su hermosura. Llegóse á ella, la lisonjeó, y la redujo á que se fuese á comer con él á casa de unos amigos suyos. Estos se burlaron de él, objetandole que, en vez de una ninfa ejercitada, les llevaba una jóven inocente. — « No os dé cuidado, les dijo Apeles, que la educaré tan bien que ántes de tres años sabrá bien lo que se hace. » Cumplió la palabra. Lais llegó á ser una de las cortesanas de mas nombre. Corinto, á quien ha hermo-seado con soberbios edificios, fué el teatro de sus placeres. Cuando iba al templo de Venus, el pueblo transportado la seguia en tropel, y la rendia acatamiento como á la Diosa de la hermosura. Toda la Grecia la amó. Demostenes fué espresamente á Corinto para comprar su hermosura; pero maravillado del precio la renunció, diciendo que no com-

praba él tan caro un arrepentimiento. El anciano escultor Miron ambicionó tambien sus favores, pero fué desechado. Atribuyó su desgracia á sus canas, y por eso las ocultó bajo una peluca, y volvió á ver á Lais, quien le dijo: « Eres necio en pedirme una gracia que he rehusado á tu padre. » Burlabase Lais muy á menudo de la decantada sabiduría de los filósofos. « No sé, decia, si serán mas austeros que los demas hombres: lo que sí sé, es que no frecuentan menos mi puerta. » Pero aquella hermosura altiva que vendía sus favores á tan elevado precio, los franqueaba de balde al cínico Diogenes. Imitaba á los médicos caritativos que curan á los pobres gratis.

Tal era la bella Lais. Acudí á su llamamiento. La encontré en su tocador. Por Jupiter, ¡que lujo! ¡que inutilidades!

Estaba rodeada de palancanas y de aguamaniles de plata, de espejos grandes y pequeños, de agujas para separar los cabellos, de hierros para rizarlos, de tiras de varias telas para cogerlos, de encajes para rodearlos, y de polvos amarillos para esparcirlos sobre ellos y dorarlos. Veíanse tambien sobre aquel altar de Venus cajas con arrebol y albayalde, para hermohear la piel; otras con negro, para teñir las cejas; y otras con opiata, para los dientes. Y no hablo de muchísimas

esencias, ni de la planta partenon, con que nuestras damas hermosas sahuman sus lienzos, ni de las almohadillas de olor que llevan en sus faltriqueras. Ví tambien con admiracion que aquella hermosura se refregaba los párpados con unos polvos muy astringentes. Preguntéla ¿cual era su utilidad? y me respondió que servian para estrechar los párpados, y hacer los ojos mas grandes y rasgados; y añadió que todas las damas usaban de la misma receta.

Pero lo que me hizo reir, fué ver, en medio de aquellos trofeos del lujo y del engaño, una pequeña biblioteca que contenia las piezas teatrales de Menandro, de Aristofanes, de Euripides y de Sofocles. A estos se seguian los poetas eróticos, Demofilo, Mosco, Anacreon, y todas las producciones del dia. Son los libros que leen nuestras mugeres de moda, las cuales leen, no para madurarse el juicio, sino para ostentarse eruditas, y hablar con elegancia.

Recibíome Lais con la sonrisa en los labios, y me alegó no sé que pretextos sobre el deseo que tenía de verme. Destilaban de su boca elogios y palabras dulces. Segun ella, era yo el filósofo mas grande y mas sabio, y me confirmaban en esta sabrosa preocupacion sus miradas lisonjeras y acariciadoras. Preguntéme ¿que cosa era un filósofo? — Es un hombre, la respondí, que hace por su volun-

tad y por su razon lo que hacen los demas por temor de las leyes y del castigo. — ¡Y que es necesario, repuso Lais, para ser dichoso? — Lo contrario de lo que haceis, la añadí. — Veo que no sois cortesano, Xenocrates. — Pero todo esto lo dijo continuando su tocador, poniendose sus polvos amarillos, peinandose las cejas, estendiendose con arte el arrebol y el blanquete sobre sus frescas mejillas y hermoso seno, perfumandose el pelo con esencias, sembrando en él piedras preciosas y cigarras de oro, y poniendose en las orejas almendras, tambien de oro, en forma de figuras. — ¡Que de trabajo, la dije, para desfigurar los dones de la naturaleza! — Acaso teneis razon, Xenocrates; pero me precisa obedecer á la moda, que es una divinidad con su culto y con sus ritos. — Y con muchas víctimas, Lais. — Pero, Xenocrates, yo creo que aun la mas rígida filosofía debe convenir en que puede rectificarse y hermosearse la naturaleza, y en que los prestigios del arte sirven á lo menos para disimular sus defectos. — Si, Lais; pero el arte debe siempre tomarla por modelo, é imitar en muchos casos hasta sus imperfecciones.

Dos muchachas esclavas pusieron á Lais una túnica sobremanera blanca, y se la recogieron por debajo del pecho con un ancho ceñidor: la túnica bajaba, en pliegues ondu-

lantes, hasta los talones, y todo el ruedo inferior lo adornaban cintas de varios colores. Pusose Lais por encima otra túnica mas corta y una especie de mantilla, rodeada de manera que señalaba todos los contornos de su voluptuoso cuerpo. Despues cargó su cuello de perlas y de piedras preciosas, y se metió en las faltriqueras almohadillas de olores. Todo este aparato no se hizo sin descubrir á mis ojos un seno hermoso, brazos muellemente torneados y blancos como el alabastro, un pié delicado y breve, y una pierna perfecta. Asi que dió la última mano á tan largo afán, despidió á sus esclavas, y quedámos solos. Hizome sentar á su lado sobre una camilla cubierta de púrpura; y como notase que no obstante tantos atractivos y gracias conservaba yo mi fria gravedad, se determinó á confesarme que, despues de haber visto á sus piés á los hombres mas amables y á los mayores personajes, la seria muy lisonjero conquistar á un sabio que era el honor de la filosofía; y diciendo esto me apretaba cariñosamente la mano, y la ponía unas veces sobre sus rodillas, otras sobre su corazon. Yo la respondí que hartos triunfos la habian dado todos aquellos grandes hombres, y que se atuviese á ellos, pues mi conquista nada aumentaria sus glorias. Noté que su pierna estaba medio descubierta, y se lo advertí fria-

mente. «¿Que os parece? me dijo.—Muy bien hecha, si no la descubrierais.» Esta calma filosófica la sorprendió. Sin embargo, se apoderó de mi mano, y me dijo: «El amor es el alma del universo, ha desenvuelto el caos y animado la naturaleza: es el fuego que Prometeo ha robado al cielo: este fuego sagrado circula en las aguas y en los aires: da á cada instante la vida á millones de seres; inflama á los hombres, abrasa á los Dioses, y me agita en este momento. Ved mi seno cual palpita.» Decíame esto separando sus velos, y llevándome á él la mano. «Es cierto, la dije, que sus vibraciones son frecuentes. ¿Teneis fiebre?—Sí, una fiebre ardiente, que enciende vuestra presencia.—Si es así, voy á retirarme, porque me reprenderia el causaros la menor incomodidad.—Permaneced, yo lo quiero.—¿Que exigis de mí?—Que me ameis,» respondiome, enlazandome en sus brazos, é imprimiendome un beso. Desplegó entónces todo su arte, la seducción de miradas tiernas y lascivas, la sonrisa hechicera que promete y alienta, el desórden que abrasa y arrastra los sentidos. «Perdeis vuestro tiempo y vuestros besos, la dije levantandome; podeis ser una Circe muy peligrosa, pero hallaréis en mí un Ulises. A dios, Lais, añadí, pues me voy por escusaros el desaire de una repulsa.» Y la dejé, dicho esto, mas encendida

de su confusion y de su vergüenza que de su amor fingido.—Vuestro estoicismo, dije á Xenocrates, es inimitable (11). ¿Con que Lais perdió su apuesta?—Pero no quiso pagarla, Antenor, alegando que ella habia apostado seducir á un hombre y no á una estatua.

En esto se llegaron á nosotros algunas gentes, y nos noticiaron que Teofrasto estaba á los últimos de su vida. Disputaron sobre su edad; pero todos fuéron de dictámen de que moria abrumado de años y de fatigas, pues contaba ya noventa y nueve años cuando compuso su famoso libro *de los Caracteres* (12), que cualquiera diria ser obra de un jóven vivísimo y alegre.

Aprovechéme de la ocasion para evadirme. Necesitaba yo estar solo, y queria buscar á Lastenia; pero perdí pasos y trabajo. Estaba despechado y fuera de mí.

CAPITULO XI.

Papel anónimo mas consolador que el primero: Consecuencias del papel. Muerte de Teofrasto.

AMANEZIA el sexto dia despues de mi desgracia. Llamó un esclavo á mi puerta, y me entregó un billete que contenia estas pala-